

'Swing' contra el termómetro

GUSTAV LUNDGREN TRÍO

Estrellas invitadas: Gustav Lundgren, guitarra; Biel Ballester, guitarra; Oriol González, contrabajo. / Escenario: Auditori de Vila-real / Fecha: 3 de febrero de 2012.

JAVIER VELLÓN / Vila-real

Muchos de los espectadores que se dieron cita el pasado viernes en el Auditori de Vila-real habían tenido la ocasión de escuchar el mejor jazz manouche de estos pagos, el que interpreta el guitarrista Pere Soto con su grupo Django's Castle, que ha recalado por estas tierras numerosas veces. Existía, por tanto, 'memoria histórica' no solo para comparar al catalán con Gustav Lundgren, sino para entender las claves del género. El sonido que inmortalizó el genio

de Django Reinhardt, que hoy tiene ilustres continuadores como Yorgui Loeffler, Stochelo Rosenberg o Robin Nolan, posee un encanto especial que afecta a las pulsiones más íntimas del aficionado al jazz, las que se fundamentan en el sacrosanto mandamiento del swing.

Y swing a raudales es el que desprendía el trío liderado por el guitarrista sueco, un músico capaz de transitar entre el intimismo más sutil y los senderos más electrizantes de la tradición del célebre quinteto del Hot Club de Francia.

La propuesta de los dos guitarristas, Ballester y Lundgren, logró una síntesis muy sugestiva, puesto que ambos poseen dos estilos complementarios: mientras el primero hun-

de sus raíces en la sonoridad versátil y sugerente del mejor Reinhardt, el segundo evidencia una exquisitez que apunta tanto a la herencia del jazz más clásico de un Tal Farlow o Jimmy Raney, por ejemplo, como a la música popular de su país, a la recreación de melodías propias –como el bellissimo Volver a Estocolmo– o al homenaje a figuras como Eduard Grieg.

El repertorio de Reinhardt fue el eje vertebrador del concierto: Impromptu, Swing 42, Nuages, Blues Clair, Minor Swing o una versión impactante del Claire de Lune que cerró el concierto. El repertorio del extraordinario gitano belga fue el referente sobre el que Lundgren y Ballester cimentaron un diálogo



Gustav Lundgren Trío durante la actuación. / A. PORCAR

creativo que fue más allá de la simple adscripción a un género – el manouche– hasta consolidar un modelo original difícil de encasillar, pero atractivo en cualquier caso.

La contribución del contrabajista Oriol González fue notable, no solo

como soporte de los solistas, sino con apuntes de calidad, especialmente en sus intervenciones con el arco.

Hasta dos bises les reclamaron los valientes aficionados que habían decidido afrontar los rigores del termómetro con una dosis del mejor swing.